

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 344

25 cts.

EB.



**MATRIMONIO  
POR INTERES**

por  
Leatrice Joy  
y  
Clive Brook

**Filmoeca**  
de Catalunya

DE MILLE, William

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis  
Administración { Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 344

## MATRIMONIO POR INTERÉS

(FOR ALHAMBRA ONLY, 1926)  
Sugestiva novela, interpretada

por la bellísima-estrella

Leatrice Joy y el gran actor Clive Brook

Selecciones **PRO-DIS-CO** Selecta

Exclusiva de

### JULIO CÉSAR, S. A.

Aragón, Barcelona

Con esta novela se regala la fotografía de GOSTA EKMAN

## Matrimonio por interés

### Argumento de la película

Los Williams eran uno de esos matrimonios relámpagos en que los novios se casan después de media docena de bailes y una invitación al restaurante sin conocerse bien.

Y, como era lógico que sucediera, ocurrió que marido y mujer pusieron las disputas al orden de todos los días, subiendo cada vez más el diapasón.

Hasta que el torrente salió de madre y allí no se respetó ni el recuerdo del cura que bendijo la unión.

"Michín", el felino de la casa que amenazaba desmoronarse estrepitosamente, se escondía asustado debajo de los muebles, siempre a distancia de los protagonistas

de la grotesca comedia que se representaba ante sus mismos bigotes.

Peter Williams, el mártir, digo, el marido, envidiaba a "Michín", pues éste era más afortunado que él, ya que le era posible ocultarse de la "fiera" del hogar sin temor a ser alcanzado por ella ni con las uñas ni con los pies.

Hay maridos que merecen que se les levante un monumento en la plaza más importante de la ciudad, y Peter era uno de ellos, pero la humanidad es tan injusta que su monumento estaba todavía por proyectar...

Narcisa, la "dulcísima esposa", en su afán, sin duda, de demostrar que sabía música, convirtió la marcha nupcial en un himno de guerra, y había que verla dirigiendo la orquesta.

Peter ignoraba, al casarse, que su esposa tenía más disposiciones para músico de jazz que para compañera amable con el marido, y a la sazón estaba tan harto de ella como si se hubiese comido seis kilos de patatas.

Por tal razón, y contrariamente a su costumbre, Peter gritaba aquel día como nunca, poniéndose a tono con los piropos que ella le dedicaba hecha una tromba.

Detrás de la puerta de la habitación donde discutían con tanto calor los cónyuges,

se hallaban apostadas la doncella de Narcisa y la cocinera de los incompatibles esposos.

La cocinera, que no estaba acostumbrada a escenas tan grotescas, creía que de un momento a otro la sangre iba a llegar hasta ella; y su pánico contrastaba con la tranquilidad con que por el ojo de la cerradura asistía la doncella a la nueva riña.

La doncella era tan fresca como la señora aunque su nombre no respondiese al de una flor, pues se llamaba Celestina.

Riéndose de la cocinera, Celes le dijo:

—Yo estaba ya con la señorita cuando rompió un bastón en las costillas de su primer marido, y temo que a este infeliz le pase lo mismo.

—¡Jesús! Si el señorito es tan bueno...

—Mi señora es así. Es todo un carácter y su flaco es el palo.

—Ya se lo daría yo a ella, y fuerte.

—Un hombre no se atreve a pegar a una mujer. La mujer es un ser que debe ser respetado por el hombre... porque ella es la madre del hombre.

—Cuentos tártaros, no, Celes, porque el señorito no se casó con su madre, sino con su mujer, y yo, en su lugar, le daría una zurra ejemplar.

—¡Qué ordinariez!

—Convenga usted conmigo en que sería algo práctico y merecido.

—Si el señorito osare ponerle la mano encima a mi señorita, le arrancaba una oreja de un mordisco.

—Si eso sucediere, yo haría lo propio con usted.

—Vaya, vaya... ¿Se ha enamorado usted del señorito, doña Brígida? ¿No ve usted que podría ser su abuela?

—¡Qué graciosa! De mí no iba a enamorarse el señorito, pero de usted, menos todavía, porque hay que ver que para los años — que no son pocos — que tiene usted, no es usted de talla normal, que digamos.

—A los hombres les gustan las mujercitas caprichosas, y cuanto más bajitas...

—No sea usted ridícula, mujer.

—¡Bueno, basta! Cállese, que no me deja seguir la importante conferencia.

Callaron las dos a tiempo de oír a Peter decirle, decidido a todo, a su costilla:

—Esto no puede seguir así. Tú gastas más de lo que yo puedo traer a casa.

—¿Qué dices? — protestó Narcisa, extraordinariamente sorprendida de esas palabras—. ¿Qué yo gasto?

Peter había sacado un pitillo de una cigarrera de plata que su esposa le regalara —

pagando él — y en cuya tapa superior había esta dedicatoria: “A Peter, con todo el amor de su Narcisa”; y, releyendo dicha frase, sonrió tristemente y dejó, o tiró, más bien, la pitillera encima de la mesa.

Narcisa, encantada de que su marido desdenara aquel antiguo regalo, aprovechó la ocasión para plantear el problema que le convenía resolver sin pérdida de momento y que consistía en una separación que la beneficiase con algo tan positivo o más como la misma libertad...

Comprendiendo a lo que iba su señorita, por las primeras palabras que pronunció al entrar de lleno en la cuestión del divorcio, Celes dijo a la cocinera, cuya indignación contra Narcisa iba “en crescendo”:

—Ahora ella le amenaza con la obligación de pasarle pensión de “alimentos” si se divorcian.

Y, en efecto, al aplicar nuevamente el oído al ojo de la cerradura, la cocinera oyó la voz airada del señorito contestarle a Narcisa, terriblemente colérico.

—¿Alimentos? ¡Luego es para esto por lo que te casaste conmigo? ¡Para lograr una pensión? ¡Ah! ¡Eres una chantagista del matrimonio!

Narcisa se encogió de hombros. A ella no le interesaba otra cosa que salir triunfante

de la disputa, y una palabras más o menos le eran indiferentes. Y con cinismo, en el que se resistía a creer Peter, le respondió:

—Somos incompatibles y es en bien de ambos que estoy de acuerdo en que nos acojamos al divorcio. De modo que...

Peter explotó. Aquello era ya demasiado.

—Conforme. Puedes quedarte todo lo que tengo y te pasaré una pensión. El divorcio y acabemos de una vez. Todavía me resultará más barata, así, mi libertad.



—Conforme. Puedes quedarte todo lo que tengo...

Narcisa sonrió. Cantaba victoria.

Celes, al ver el esperado desenlace de la disputa entre sus señores, apartóse de su observatorio y fué al ropero por el gabán y el sombrero de Peter; luego esperó a éste detrás de la puerta, de la que también se apartó la cocinera; y cuando salió, de espaldas, despidiéndose agresivamente de su esposa, le hundió los brazos en las mangas del gabán, sin que él se diera casi cuenta de ello, entrególe asimismo el sombrero y le abrió a continuación la puerta del piso como para facilitarle la definitiva salida.

Y Peter se vió en la calle como en un vuelo.

La cocinera pudo hablar a solas en sus dominios con Celes, y, no pudiendo contener su cólera contra ella, le puso una cara como un tomate y no quiso permanecer ni un minuto más en aquella casa donde no había decoro.

\*  
\*\*

Después del divorcio, Peter se encontraba amagado y en difícil situación económica.

Cierta tarde entró en una librería y en

un montón de libros buscó una obra que le interesaba. Nada de novelas, pues no estaba de humor para ello, sino un libro de texto, relacionado con el negocio que deseaba emprender, y prestó atención a un volumen titulado: "Cómo conseguir éxito en el negocio de garages".

Mientras lo hojeaba, convencido de que era muy útil, frente al mostrador se hallaba Mary Martin, una muchacha joven que estudiaba decorado en una Academia de Bellas Artes.

Mary, vista de lejos, es decir, a cierta distancia, parecía un muchacho, no posando la vista más abajo de medio cuerpo, o sea, hasta el principio de la falda. Su pelo era acaso más corto que el de la mayoría de los hombres, usaba chaqueta, cuello y corbata y prescindía de martirizar sus orejas con pendientes. En cuanto al físico, era una preciosidad. Por eso decimos que vista de lejos tenía aspecto de muchacho.

El empleado que la atendía era un buen viejo que la contemplaba embobado. En vista de la simpatía que él la demostraba, Mary no titubeaba en molestarle pidiéndole todos los dibujos de decoración que tuviera.

El buen viejo buscó una carpeta llena de interesantes modelos y se la entregó a la artista para que escogiera los mejores.

La carpeta estaba bañada en polvo, y al soplar en ella el viejito blanqueó la chaqueta y el sombrero de Mary.

—¡Oh, perdone! — disculpóse.

—No es nada — respondió Mary.

—Deme usted el sombrero, señorita, y se lo cepillaré allá dentro.

Mary se lo dió y quitóse ella misma el polvo de su chaqueta; y mientras el empleado desaparecía, se puso a contemplar los dibujos, colocándose, al abrir la carpeta encima del mostrador, casi detrás de éste.

Peter, con su libro en la mano se acercó a Mary, y, tomándola por un joven y por empleado de la casa, le preguntó:

—¿Cuánto vale este librito?

Ella le miró sorprendida, y causándole mucha gracia la confusión de Peter, dejóse seducir por el encanto de la aventura y, haciéndose la distraída, siguió contemplando los dibujos.

Peter examinó a su vez los modelos que tenía Mary y dijo a propósito del que estaba estudiando la linda muchacha:

—Ese dibujo es engañoso. Pintar como querer. Usted es casi un chiquillo y seguramente no sabe usted nada de mujeres.

—Algo sé, sin embargo... — pudo replicar Mary.

—¡Oh! Muy fejos está usted de saber lo

que yo sé. Las mujeres son unas egoístas! Todo lo quieren para ellas, y el que se enamora de alguna, es hombre perdido.

—Afortunadamente, debe haber excepciones...



—¿Cuánto vale este librito?

El viejo empleado volvía en aquel momento, con el sombrero cepillado, pero Mary, haciéndole discretas señas, le dió a entender que deseaba estar a solas unos instantes con aquel comprador que la tomaba por un chiquillo; y el buen hombre, que ya no estaba para trotes amorosos, cedió me-

lancólicamente el sitio a Peter, quien siguió hablando de mujeres, en tono amargo, con "el simpático empleado", echándose las de "dómine" ante aquella criatura imberbe.

Y así terminó Peter la plática, que le proporcionó cierto consuelo en su constante pesar:

—Un hombre y una mujer nunca podrán hablar como nosotros hemos hablado. La mujer es incapaz de entender estas cosas. Sólo persigue su interés; no me cansaré de repetirlo. Nosotros nos hemos entendido porque somos hombres.

Mary sonreía por lo bajo. Peter le ofreció un cigarro, y al encender el que él se llevó a los labios, descubrió, al observar de arriba abajo al "empleado", que éste era una mujer.

—¡Pero, qué veo! ¿Es usted una señorita?

Mary, ruborizada, apartó su vista de Peter y murmuró:

—Hasta ahora no he visto a ningún hombre con faldas.

Peter se cortó un momento, pero reaccionando al ver sonreír a Mary, exclamó:

—¡Qué curioso! Hemos empezado una novela en casa de un librero. ¿Cómo terminaría si alguien se encargara de continuarla?

—Podría terminar de muchas maneras... según quien fuera el que la terminare...

Peter miró fijamente a Mary y a un tiempo se echaron a reír, estrechándose las manos como buenos amigos.

\*  
\*\*

Y fueron Mary y Peter mismos quienes siguieron escribiendo capítulos a su novela.

Se vieron todos los días, y después de varias cenas en discretos restaurantes, eran los mejores amigos del mundo.

Cierta noche, cenando en el jardín de un hotelito, riéndose de la lluvia bajo el amparo de un amplio paraguas, para estar solos, Peter dijo a Mary, apasionadamente:

—Mary, ¿si esta vez sale "sí" en el terrón de azúcar, querrá usted casarse conmigo?

Ella clavó la vista en el suelo y asintió con un ligero movimiento de cabeza.

Peter escribió en el terrón de azúcar "sí" y "no" y lo tiró al aire, pero Mary se encargó de que cayese sobre la arena del jardín y, a su vez, hizo voltear sobre la mesa otro terrón, por ella preparado.

Y salió "sí"... porque en todos los lados del terrón había sido escrita esta palabra.

Indiscutiblemente, Peter tenía razón al decir que las mujeres sólo persiguen su interés.

Unos días después de haberse prometido mutuamente, sellando su pacto con tiernos besos que ruborizaron al camarero que les sirvió bajo la lluvia, Mary y Peter eran la pareja más envidiable de la creación.

La primera esposa de Peter leyó la siguiente gacetilla en un periódico:

#### NUEVO GARAGE ABIERTO EN EL DISTRITO POPULOSO

“Un nuevo garage para depósito y alquiler de automóviles ha sido inaugurado ayer por su dueño, Mr. Peter Williams, al regreso de su viaje de bodas. Se espera que será un negocio de gran éxito.”

No se inmutó lo más mínimo la cínica mujer. A ella no le había importado nunca Peter, y ahora que había encontrado lo que ella creía el verdadero amor, no se cambiaría por nadie.

La pasión que llenaba el alma de la egoísta era Roberto Waring, un caballero de “industrias” que no pagan contribución. Un sujeto despreciable, un vil parásito para quien el trabajo no había sido creado.

El vividor gozaba del confort del hogar

de Narcisa, y de la pensión que Peter le pasaba a ella, llegando incluso a usar sin ningún escrúpulo la pitillera con la dedicatoria mentirosa de Narcisa a Peter.

Roberto se reunió aquella mañana con Narcisa cuando ésta acababa de leer la gacetilla del periódico que hablaba de su ex marido, y ella se la dió a leer.

Roberto palideció. Malo, malo...

Pero Narcisa se apresuró a añadir:

—Ese casamiento de Peter no anula mi derecho a la pensión de “alimentos”. Sólo mi matrimonio podría anularlo.

El rostro de Roberto se aclaró. ¡Qué susto! Y, sonriente, dijo el fresco:

—En ese caso no hay que alarmarse y vamos a mandarles flores.

En su casita Mary y Peter se entregaban al placer de ayudarse mutuamente adornando su nido.

Mary ponía a contribución todo su arte de decoradora, y aunque todo era modesto en el hogar, imperaba por doquiera el buen gusto.

Claro que a Peter le hubiera gustado alhajar su casa y, a guisa de disculpa, dijo a su mujer:

—Si no tuviéramos que invertir tanto dinero en el negocio del garage, no viviríamos con tanta economía.

Mary, muy cariñosa, respondió:

—Peter, yo soy feliz ayudándote a salir adelante. Mira el presupuesto que he discutido:

“Ingresos: Dólares 800.

Gastos: Dólares 300.

Sobrante: Dólares 500.

Inversión del sobrante:

1.º Pagar la deuda del garage.

2.º Comprar nuestra casita.”

—¿Qué te parece? El sobrante es importante—añadió.

Peter acarició tristemente las manos de su mujercita y tachó del presupuesto por ella discurrendo la parte “sobrante” poniendo en su lugar: “Alimentos” dólares 500.

Mary, a pesar de conocer al dedillo el pasado de Peter, sintió repentinos celos y no pudo menos de objetarle:

—Debes haberla querido mucho, cuando le pasas una pensión tan crecida.

—No, precisamente todo fué porque no la amaba y me casé sin conocerla bien.

Pero Mary siguió triste, como mordida por los celos, y Peter hubo de maldecir una vez más a Narcisa, porque causaba también amargura a Mary.

Cariñosamente, Peter dijo a su mujer:

—No te disgustes, Mary; la pensión sólo durará, según la ley, hasta que ella se case,

y se casará pronto, porque es mujer de gran atractivo para los hombres.

Mary permaneció aún algunos momentos preocupada, pero, comprendiendo que hacía mal en añadir fuego al pesar de su marido con sus injustificados recelos, se acercó a él y le rodeó el cuello con sus perfumados brazos.

Poco después recibieron una caja conteniendo flores.

—¿De quién es este obsequio? — inquirió Mary.

Peter, buscando entre las flores, respondió:

—Esta tarjeta nos lo dirá.

Leyeron los esposos la cartulina que acompañaba al ramo y miráronse sorprendidos.

—¿Qué desfachatez! — murmuró Peter.

Mary guardóse su opinión, en un todo conforme a la de su marido, y logró hacerle sonreír con sus caricias.

La precitada tarjeta era de Narcisa y decía así:

“Sólo para recordarte que no te olvides de mi pensión.”

\*  
\*\*

Pasaron unos meses y llegó la víspera de Navidad.

Peter, que era inmensamente feliz con

Mary, le compró una preciosa sortija de brillantes para regalársela en noche tan señalada en prueba de su amor.

Cada día se acordaba menos de Narcisa, pero ésta no le echaba en olvido, y para demostrárselo le mandó por aquellos días la siguiente carta:

“Querido Peter:

Te recuerdo que me debes dos meses de pensión, y, si no los pagas inmediatamente, te aviso que pondré el asunto en manos de abogado.

Narcisa.”

Peter creía a Narcisa capaz de apremiarle por vía judicial, pero era tanta la ilusión que tenía de regalar a su esposa el anillo de brillantes, que no dió oídas a la reclamación de la cinica, empleando todo el dinero disponible en la adquisición del regalo para Mary.

Aquella noche de Navidad, Peter, vestido de Papá Noel, obsequió a sus amistades, reunidas en su casa, con una fiesta íntima, y á la hora de los repartos de regalos entregó a cada invitado una chuchería y a Mary el precioso anillo, que la deslumbró de felicidad.

Papá Noel fué estrechamente abrazado por la deliciosa Mary, y como las barbas y los bigotes blancos y nevados le impe-

dían sentir sobre su piel el frescor de los labios de la amada, Peter se los quitó y correspondió apasionadamente a las efusiones de ella.

Todos eran dichosos en el modesto hogar, cuando llamaron a la puerta del mismo.

Mary fué a abrir y vió aparecer a dos caballeros que no conocía y que supuso amigos de su marido.

Los recién venidos le dijeron secamente:

—Deseamos ver al señor Peter Williams.

—Es mi marido. Pasen, pasen...

—Es para tratar de un asunto urgente, y...

—Adelante. Llegan ustedes a tiempo. Tomarán un traguito de ponche de Navidad con nosotros.

Los dos desconocidos aceptaron la amable invitación de Mary, y cuando ésta les ofreció las copitas de ponche, Peter vió debajo de la americana de uno de ellos la inconfundible placa de agente de la autoridad; y se asustó, sospechando que quien los mandaba allí era la propia Narcisa.

Mary cruzó sus miradas con las de Peter y éste, que volvió a ponerse las barbas y los bigotes, para no ser reconocido, le indicó por señas que le siguiese a una habitación inmediata para hablar a solas los dos antes de hacerlo él con los agentes de policía.

Pero Mary, interpretando torcidamente

los deseos de su marido, dijo a los policías:

—Mi marido dice que le sigan ustedes allí dentro.

Y no le cupo a Peter más remedio que esperar junto a la puerta de la habitación inmediata, a los agentes, arrancándose nerviosamente las barbas y los bigotes.

Los representantes de la autoridad se le reunieron allí y uno de ellos le habló de esta suerte:

—Señor Peter Williams, de orden del juez queda usted arrestado, por incumplimiento del pago de "alimentos" a su primera esposa.

Peter se rindió al rigor de la ley, dolorido profundamente, pero Mary, que oyó la manifestación del policía, protestó de la orden de detención con energía:

—¡Pero ustedes no deben arrestar a un hombre sólo por eso!

Pero los agentes no estaban allí para atender las quejas de Mary y, a las buenas, invitaron a Peter a seguirles.

Mary se abrazó a su esposo y le dijo con tanta admiración como amargura:

—Tú has invertido las pensiones en comprarme este anillo, ¿verdad?

El quería negar, pero no pudo faltar a la verdad.

Y fué con acerbo dolor que se separó de

su mujercita, después de haberse marchado, apesadumbrados, todos los invitados.



—¡Pero ustedes no deben arrestar a un hombre sólo por eso!

Al día siguiente, Mary fué a ver a su marido, en la Prevención, manifestándole llena de alegría:

—Te agradezco mucho lo que has hecho por mí, pero yo no podía consentir tu sacrificio. Ya puedes volver a casa. He empeñado el anillo para pagar a tu primera esposa las pensiones que le debes. Y no vuelvas a deberle un céntimo. Hay que pagarla puntualmente, hasta que se case.

—Gracias, gracias, Mary...

—Yo me pondré a trabajar para aumentar nuestros ingresos, Peter.

—¡Eres una santa, mujercita mía!

Los esposos volvieron al hogar y, efectivamente, Mary se colocó como dependienta en casa de un tapicero decorador.

Una semana después, la casualidad puso, en la tienda, al vividor Roberto frente a Mary.

El caballero de "industrias", repentinamente enamorado de Mary, la piropeó y le dijo:

—¿Por qué no me permite usted que la lleve a almorzar o a cenar juntos?

—Porque ya tengo quien me lleve — respondió Mary, sonriente.

—Si algún día cambia usted de opinión y pierde esos escrúpulos, llámeme por teléfono. He aquí mi tarjeta.

Narcisa esperaba en la calle y en el interior de su coche a Roberto, y como éste tardaba más de lo debido, le hizo llamar por el chofer, con la rauca bocina...

Llegó al fin el día tan esperado por Mary: el día de cobro.

En su casita, tomando el café con Peter, ella le entregó el sobre conteniendo el salario y le dijo:

—Te ruego, Peter, que emplees este di-

nero en completar el pago de la pensión de la "fiera".

Peter resistióse a tomarlo, mas ella le convenció de que lo hiciera, y, al hacer un brusco movimiento, Peter volcó su taza de café, manchando los billetes.



En su casita, tomando el te con Peter...

Al día siguiente la fatalidad complicó las cosas. El tapicero entregó a Mary una tarjeta de Narcisa con su dirección, encargándole que fuera a su casa para tapizar en seguida unas habitaciones.

Mary leyó estupefacta el nombre de Narcisa, pero no vaciló en cumplir el encargo.

Un poco después se encontraba en la que fué casa de su marido y se puso al trabajo inmediatamente en la habitación de Narcisa, a quien se tuvo que despertar para presentarla.

Cuando Narcisa se disponía a levantarse, la doncella Celes vino a decirle:

—El señor Williams la llama a usted al teléfono.

Mary creyó al momento que a quien llamaba Williams era a ella, pero Narcisa apoderóse vivamente del aparato, sin darse cuenta del gesto de Mary, y habló con su ex marido, quien le dijo únicamente:

—Necesito hablar contigo y voy en seguida a verte.

Narcisa saltó con presteza del lecho y se vistió precipitadamente, observada con burla por Mary, quien se prestó a ayudarla en tal tarea entregándole una combinación que Narcisa no podía alcanzar desde detrás del biombo donde se vestía.

Al poco rato presentóse Peter en su antiguo hogar.

Narcisa le recibió lo más cariñosamente que pudo, pero Peter se expresó con ella frío y rápido.

—Te traigo la pensión y he venido a pedirte que en adelante la reduzcamos porque resulta excesiva para mí.

Narcisa, no dispuesta a rebajar un cénti-

mo, trató de engatusar a su ex marido para sacarle todo el dinero que tuviera en su cartera y quiso el destino que Mary, desde otra habitación, viera a Peter con Narcisa, la cual empleaba con él en aquellos momentos palabras cariñosas, llamándole Periquito con mucho mimo.



... y habló con su ex marido...

Ricardo, el vividor, que ocupaba una habitación de la casa, iba a ver en aquellos instantes a Narcisa, pero, por suerte, Celes logró detenerle y fué a avisar a su señorita para que saliese un momento a hablar con él.

Narcisa se reunió en seguida con Roberto y a éste le bastó saber que con ella estaba el mutuo "alimentador", para regresar a su cuarto, no sin antes haberle pedido dinero.

Narcisa dió a Roberto uno de los billetes entregados por Peter, y el vividor, contemplando el papel, no pudo menos de decir:

—¿Lo has usado para revolver el café?

Narcisa repuso:

—No sé; me lo dió mi ex marido.

Durante la ausencia de Narcisa, Mary sorprendió extraordinariamente a su marido apareciendo ante él, agresiva, dominada por los celos, pues llegó a creer que a Peter seguía interesándole su primera mujer.

Cuando volvió Narcisa junto a Peter, Mary, iracunda, armó un verdadero escándalo con el martillo dando martillazos a todas partes y tirando todas las herramientas al suelo; y al decirle Narcisa que no hiciera tanto ruido, contestó:

—Mejor será que deje mi trabajo hasta mañana, cuando no esté usted tan ocupada.

Y se marchó.

Peter hizo ademán de seguirla, pero Narcisa, sin sospechar que Mary era su segunda esposa, le detuvo y con el cuento de acceder a rebajar el importe de la pensión lo-

gró hacerle prometer que cenarían juntos aquella noche.

Cuando se vieron en su hogar, Mary y Peter se disputaron, y Peter, a pesar de todas sus explicaciones no pudo convencer a su esposa de su inocencia en la visita a Narcisa y en la cena que iba a tomar con ella.

Toda a sus celos, Mary exclamó:

—Puedes irte con ella. De todos modos yo también cenaré hoy fuera de casa.

Y sin encomendarse a Dios ni al diablo, Mary, recordando la oferta que le hiciera un día, telefoneó a Roberto, y quedó convenido que se verían en el Plaza a las siete.

Roberto, que ya sabía la dirección de Mary, le mandó unas flores y un papel con estas palabras:

"Amables flores para una amable dama. En el Plaza a las siete. Después iremos a la Granja Paraíso."

Las flores y la cartita fueron recibidas por Peter, quien se indignó sobremanera, no llegando empero a sospechar de Mary, considerando aquella salida como una tontería de mujer celosa y nada más.

Narcisa, al ir a despedirse de Roberto, no le encontró en su habitación, pero, en cambio, descubrió en el suelo un papel, que resultó ser el borrador de la cartita mandada a Mary con las flores.

Júzguese, pues, de la indignación que se apoderó de Narcisa, quien, al reunirse con Peter en el garage de éste, no pudo ocultarle su nerviosismo, enterándole de que su "amigo" le era infiel con una desconocida a la que quería poner verde.

Peter puso a su disposición el "auto" más rápido que tenía, para que pudiera ir al encuentro del infiel, librándose así por aquella noche de ella, pero apenas hubo desaparecido Narcisa, él recogió del suelo un papel que se le había caído a su ex mujer, y con el consiguiente espanto, al leerlo, comprobó que la mujer que estaba en el Plaza, con el amigo de Narcisa, era Mary; y sin perder momento montó en una motocicleta y voló hacia la Granja Paraíso, pues a aquella hora la pareja no debía estar ya en el Plaza.

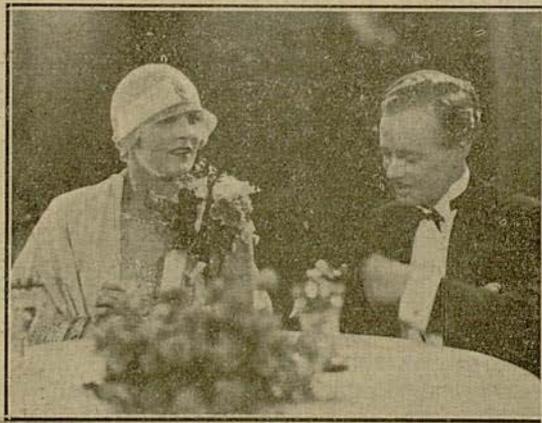
En efecto, Roberto y Mary acababan de instalarse en un reservado de la Granja Paraíso, a la que aquella noche la policía había decidido dar una batida, para castigar la inmoralidad.

Mary no se consideraba muy segura a solas con Roberto y se arrepentía de su locura, pero al final de la cena se alegró de ella, pues comprobó, por la pitillera que usaba Roberto con la dedicatoria de Narcisa a Peter, y por el billete manchado de café, que Roberto iba a entregar al camarero en

pago de la cena, que su acompañante era el "amigo" de Narcisa.

—Este billete... — dijo Mary, tratando de hacer hablar a Roberto.

—Todo lo emplearé en obsequiar a usted — respondió Roberto.



... acababan de instalarse en un reservado.

En aquel momento abrióse bruscamente la puerta y apareció, excitadísima, Narcisa, quien exclamó:

—¿Obsequiarla a ella con mi dinero?... Ahora lo veremos.

Mary, con retintín, celebrando aquella escena, dijo:

—¿El dinero de quién?

Despectiva, Narcisa añadió:

—¡Y con una obrera vulgar! ¡Te dedicas a enamorar a obreras, cuando yo te pago hasta los cigarrillos que fumas!

Peter llegó en aquel instante y preguntó a su vez:

—¿Con el dinero de quién?

Mary se arrojó a los brazos de su marido y no podía hacerlo más oportunamente porque la policía, que acababa de hacer irrupción en el restaurante, se presentaba al poco en el reservado donde estaban ellos, Roberto y Narcisa.

Un policía preguntóles:

—¿Quién de ustedes es míster Waring?

Roberto se presentó.

—¿Y quién es la señora Waring? — prosiguió el policía.

Mary, señalando a Narcisa, contestó:

—Esa es la señora que "pertenece" a Waring. — Y añadió abrazándose más a Peter—. Yo soy la señora Williams y éste es mi marido.

El policía preguntó a Roberto y a Narcisa, que se daban interiormente a todos los demonios:

—¿Están ustedes casados? Si no lo están deberán comparecer ante el Juez.

La situación era delicada, pero Mary, iluminada repentinamente por una idea feliz, contestó:

—No... verá usted... Estos señores no piensan burlar la Ley... Están aquí para ir a casarse y nosotros somos sus testigos.

Narcisa intentó protestar, pero Mary le dijo en voz baja:

—Elija usted: o el matrimonio o la cárcel.

Y he aquí cómo Mary obligó a la primera esposa de Peter a dejar libre de tributos a éste, casándose con Roberto.

Al salir de casa del pastor, Narcisa exclamó, dirigiéndose a su tercer marido, pues Roberto tenía el número tres:

—¡No hemos lucido! ¡Tu tontería de esta noche nos cuesta perder el único ingreso que teníamos!

Roberto, encogiéndose de hombros, replicó:

—Pues tú verás cómo te arreglas, porque ya sabes que a mí no me prueba el trabajo.

Echaron a andar a pie, y al ir a cruzar el arroyo, el "auto" que tomaron Mary y Peter, en celebración de la ganancia de 500 dólares que acababan de obtener gracias al casamiento de Narcisa, los salpicó de barro, como lo hizo el de Narcisa a Peter y Mary cuando éstos salieron del restaurante aquella tarde que se juraron amor bajo la lluvia.

Parecía un desquite.

**Próximo número:** La sentimental novela

## **CORAZON DE REINA**

En la que toma parte de S. M. la Reina de España.

¡GRANDIOSO EXITO!

GRAN ÉXITO en las  
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
la sugestiva novela

## **EL SARGENTO MALACARA**

que acaba de aparecer.

Por Lon Chaney, Eleanor Boardman, William Haines

Acaba de aparecer en la Biblioteca  
«**Nuestro Corazón**», la sugestiva novela

## **A LA DERIVA...**

original de **ANGEL BARTH**

## **CHANG**

es la mejor novela  
de aventuras = =

**EXCLUSIVA DE VENTA**

**Sociedad General Española de Librería**

Barbará, 16 BARCELONA - Ferraz, 21 MADRID